

Á LAS ESPOSAS

Para vosotras escribo esta segunda parte de mi libro, jóvenes que ya lleváis sobre vuestros delicados hombros el grave peso de los deberes conyugales, tan arduos algunas veces de cumplir.

*Veréis en ella por cuántas pruebas puede pasar la mujer virtuosa y cristiana, y cómo todo lo vencen la paciencia y la dulzura; cómo consuela todos los pesares la confianza en Dios, y cómo no hay que des-
esperar nunca de la Providencia, que suele sacar la alegría del seno mismo del más acerbo dolor.*

Si la vida no tuviese amargas pruebas, no se llamaría Valle de Lágrimas: no hay que buscar en ella felicidad completa. El cielo tiene sus nublados; la vida los tiene también; mas para disiparlos están la augusta luz de la razón y la llama sacrosanta de la fe cristiana: ellas nos alumbran en las tinieblas de la vida y nos hacen esperar otra mejor y más dichosa.

En tanto que las jóvenes reposan bajo el techo paternal, sus deberes son muy sencillos; las graves luchas son las de la esposa. Tres figuras veréis en estas páginas: compadeced á la una é imitad á las otras dos, que salen triunfantes de las más duras pruebas.

Esto es lo que espera, y esto es lo que desea que suceda, vuestra amiga

LA AUTORA.

PARTE SEGUNDA

ESPOSA

I

Mélida á Mme. Honoria.

Urrea de Jalón, Noviembre de 18...

Estoy muy triste, querida amiga mía: triste, porque ya he perdido la esperanza de que venga usted á pasar algunos días á mi lado; triste, porque mi buena mamá va á separarse de mí; triste, sobre todo, porque aquí no soy amada.

Y no crea usted que, al decir esto, me refiero al pobre Bautista—asi desea él que le llame,—ni á su padre, ni á su hermano: él me adora; el bondadoso anciano sólo ve por mis ojos, y Santiago me quiere con todo su corazón.

Su madre, la madre de mi esposo, es la que no puede vencer la antipatía que me profesa. ¡Es su madre la que es mi enemiga!

Afecta tratarme con una consideración que me abrumba, y otras veces me encarga de los queha-

ceres más penosos y más rudos. Al día siguiente de casarme, me levanté un poco tarde; ella misma me sirvió el desayuno cuando me vió, y me dijo con más afectación que buena voluntad:

—Señora, ésta no es la hora que nos levantamos aquí.

—*¡Señora!*—repeti yo dolorosamente asombrada.

Ella no hizo caso, y prosiguió:

—Se levantará usted temprano, y dará de comer á las gallinas; luego arreglará su cuarto y sacará todas las provisiones de la despensa.

—*¡Madre!*—exclamó Bautista enojado.—Mélida no se ha ocupado jamás de esas cosas, y usted no habrá querido que yo me case con ella para hacerla infeliz.

—*¡Cómo se entiende! ¿Ha venido aquí acaso sólo para hacer la señora?*—exclamó irritada la anciana.

—No—repuso mi marido;—pero tampoco es justo que la obligue usted á desempeñar tan desagradables quehaceres.

—Yo haré con el mayor gusto todo aquello que tu madre me mande—observé.—*¿No hacía lo que me mandaba la mía?*

—Pero no serían esas cosas.

—Eran otras: ¿qué más da? Desde mañana, madre mía, daré de comer á las gallinas, sacaré las provisiones, y ayudaré en todas las faenas de la casa.

Me pareció que las enjutas mejillas de mi suegra se habían puesto encarnadas: la pobre bajó la cabeza y salió de la estancia sin proferir una palabra.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano; pero Bautista, que se hallaba despierto, se vistió conmigo, y los dos bajamos al corral.

Yo cogí grano en mi delantal; pero Bautista quiso quitármelo.

—*¡Dame eso, y yo lo haré!*

—*¿El qué?*

—*¡Lo que tú vas á hacer! ¡No faltaba otra cosa!*

—No: déjame por hoy. Me harás compañía; pero yo quiero ver cómo comen las aves.

Arrojé al suelo el grano que llevaba en mi delantal, y una nube de pavos, gallinas, pollitos, ánades y gansos vino á picarlo, dando aletadas y graznidos de alegría.

El cielo estaba azul, límpido y sereno; la naturaleza entera despertaba, entonando al Hacedor un himno de gratitud. A pesar de la tristéza que experimentaba, sentí que la vista de aquellas aves, de aquel cielo, de aquel sol, me reanimaban y hacían descender hasta mí un rayo de alegría.

—*¡Pobre Mélida!*—exclamó mi marido estrechándome entre sus brazos.—*¡Tú, hija de la Condesa de Campoverde, reducida á desempeñar estas ocupaciones! ¡Ah!... ¿Por qué te has casado conmigo?*

—Porque te amaba—le respondi.

—Y, sin embargo, acabarás por aborrecerme. ¡Oh, qué injusta es mi madre! Pero yo pondré á esto remedio: nos iremos á la ciudad, en la que ya debía estar siguiendo mi carrera.

—¿Pero no es cosa convenida que vas á dejarla?—le pregunté yo.

—Así iba á hacerlo para complacer á mi madre; pero he pensado otra cosa: ya que ella es cruel para ti, yo haré mi gusto.

—Ya hablaremos de eso; vamos arriba, que ya ha comido esta alada tropa.

Así que llegamos, saqué las provisiones y arreglé nuestra habitación, quitándola el polvo y dejándola limpia y bonita.

Es una gran sala con alcoba, en la que hay dos camas iguales, de hierro, cubiertas con colchas blancas, y entoldadas por mí con muselina. Mi suegra no accedía á semejante cosa; pero como yo, gracias á la generosidad de mi madre, tengo dinero, compré lo que me hacía falta, y las cosí.

Las sillas son de caoba, con los asientos de anea; una cómoda, un lavabo y dos sillones completan el mueblaje de mi habitación matrimonial; hay en ella además un lindo reclinatorio y un velador para la costura.

A Juan le daba antes su padre algún dinero de vez en cuando para sus gastos; ahora no le han aumentado la cantidad que constituye el donativo; pero él tenía algunos ahorrillos, y todo lo gasta en chucherías para complacerme: me trae un her-

moso ramo de flores, ó va á la cercana villa y me compra un frasquito de agua de olor; y todo esto me lo presenta con una timidez y con un rubor, que lo hace mil veces más apreciable.

Pero ¡ay! nada consigo hasta ahora con prevenir todos los deseos de mi suegra: es una de esas mujeres de condición áspera y desapacible que no están contentas nunca, ni con los demás ni consigo mismas.

Yo confío, sin embargo, que su corazón se ablandará y que me hará justicia; entonces seré dichosa, y hoy lo sería si viese risueño su severo semblante.

Adiós, amiga mía, y pídale al cielo paciencia y fortaleza para su pobre Mélida, que á veces desfallece y se aflige; á no ser porque me sostiene Juan con sus consuelos y cariño, aún estaría más abatida.

A estas horas, ya habrá usted visto á Clara: tengo, en medio de mis penas, la satisfacción de creerla completamente dichosa; espero con ansia carta suya, pues nos hemos prometido escribarnos.

Valentina ha marchado ya á París con su marido, y la Mariscala se restablece lentamente.

En fin, mi buena mamá se vuelve á Madrid. ¡Ah, qué triste separación será ésta para mí! Va á habitar sola una modesta, pero linda casita que ha comprado cerca de la de Clara.

Ya sabe usted cuánto la ama

MÉLIDA.

II

La Marquesa de Montemar á la señora de Valdés.

París, Noviembre de 18...

¡Yo te amo, Mélida! ¡Mi corazón vuela hacia ti, y tomo la pluma para suplicarte que depongas tu enojo y me devuelvas tu amistad!

¡Oh, amiga mía! ¡no hay en el mundo nadie á quien yo quiera tanto como á ti! Tu dulce imagen está sin cesar delante de mis ojos; tú, que has sido siempre mi consejera y mi única amiga, no me niegues ahora tu amistad, y dime si eres dichosa en ese rincón donde yo nací, y al que tengo pocos deseos de volver.

Yo te voy á contar todo lo que me ha sucedido desde que me separé de ti.

César está aún tan enamorado, que me cansa y me fatiga; nunca sale más que conmigo; no se separa de mi lado, y no puedo hacerle comprender que esto es de muy mal tono.

Nada tengo que desear, porque todo me sobra: los trajes ricos, los diamantes, las joyas, los muebles del más exquisito gusto. César me ha señalado 6.000 duros para alfileres, y los regalos que me hizo cuando nos casamos fueron suntuosos;

mi lujo es proverbial, así como el de mi casa y el de mis trenes.

Tenemos dos noches á la semana de Opera, una de Italianos, otra en la Comedia francesa; dedicamos otras dos á algún salón, y la que queda recibimos nosotros en los nuestros, que son soberbios.

Pues bien, Mélida: á pesar de todo esto, no obstante que me sobra cuanto puede halagar á una mujer, me aburro de muerte: yo no sé lo que tengo; pero en todas partes hallo el vacío. ¿Y sabes á lo que he recurrido? ¡A dormir mucho! Casi todo el día lo paso tendida en un gran sillón de terciopelo, con un libro, que se me cae de las manos á los cinco minutos de haberlo tomado, porque me duermo profundamente.

Ya no me gusta leer ni tocar el piano: ¿para qué? Esas son ocupaciones plebeyas, que me cansan; además, á mi marido le agrada poco la música, y si no fuera porque casi nunca estamos en casa, pasaríamos la noche durmiendo cada uno en un sillón.

No quiero exagerar al hablar de los homenajes que he recibido de los hombres más distinguidos de la alta sociedad: mi figura ha llamado bastante la atención, y en todas partes se me designa con el dictado de la *bella española*.

César me aburre: es un niño mimado, y que está al mismo tiempo enamorado hasta la pesadez. Yo quisiera que se fuera de casa, al club con sus

amigos; en fin, que hiciera la vida que corresponde á su clase.

Y tú, mi pobre Mérida, ¿eres dichosa? ¡No lo creo! ¡Cómo habrás ya perdido todas tus locas ilusiones respecto á Juan Bautista! Aquel delirio romántico que te condujo á hacerle caso, debe haberse pasado; ahora habrá quedado el labriego tosco, brusco, exigente é irracional. ¡Cuánto te compadezco, bella y delicada flor caída en un pantano! ¿Y su hermano Santiago, cuándo se casa con mi hermana? ¡Tal para cual! ¡Deben hacer una pareja digna de contemplarse!

¿Y mis padres? ¿y el vicario? ¿y su hermana, que me estaba regañando siempre? Parece un sueño que haya vivido yo entre esas gentes, y más sueño todavía que entre ellas habites tú por tu gusto y elección.

¡Ay, Mérida, qué bonito es esto! ¡qué brillantez en los menores detalles! ¡qué gusto tan exquisito en todo!

Pero hallo aquí también sus desventajas.

Por ejemplo: figúrate, si yo viviera en Madrid, la admiración que causarían mis vestidos y mi lujo casi de princesa; pero este París es una Babel: en él nadie se conoce; en él nadie llama la atención ni por bien ni por mal.

Aunque los bulevares estén llenos de gente y pase una joven bonita y lindamente ataviada, nadie la hace caso; lo mismo sucede cuando pasa un mascarón. Aquí las mujeres se visten por el

gusto de vestirse, no por lucir su guardarropa, lo cual es bastante triste.

El vicio ha llegado, además, á un grado que asusta: en toda fiesta pública los trenes más suntuosos son los de esas mujeres de reputación perdida, así como los más soberbios carruajes.

Ahora voy á ver si puedo convencer á César de que debe comprar un hotel en la magnífica avenida de la Emperatriz: es de rigor y de muy mal gusto el estar aún sin él.

¿Tienes noticias de Clara... y de su esposo? Aquí nos han hablado de él algunas personas que le conocen; se cuentan rasgos magníficos del Conde de Peñafiel; era además el alma de los salones por su distinción, su elegancia y el inmenso partido que alcanzaba, no sólo con las damas, sino también con los hombres de la alta sociedad.

¡Si César hubiera sido así!

Pero es justamente todo lo contrario; es un niño fastidioso, al que tengo que dirigir por la fácil senda de la opulencia y del fausto.

Algunas veces está pensativo y triste, y se acuerda de su madre; y á propósito, creo que ya está mucho mejor, y que se va á vivir á Madrid: al menos esas voces han llegado á mi indolente oído, pues yo no me he cuidado de preguntar. ¿Qué interés ha de inspirarme una mujer que parece aborrecerme de muerte?

Yo creo que el vacío que experimento proviene de no hallar en mi marido lo que yo me había

figurado. Sí, á ti te lo confío: yo me he casado con César sin amor; la vanidad fué la que me llevó por la mano hasta el altar, y en la unión eterna de dos destinos debe haber mucho amor, para que no se convierta aquélla en yugo insoportable.

Todo aquello que se me impone, me abrumba. ¿Cómo es que tú te sacrificas siempre á tus deberes? ¡Ah! ¡Es que tú eres un ángel, amiga mía, y yo sólo una mujer! Yo debía haber vivido para siempre soltera, y no haber ligado mi destino al de este niño inconsecuente y lleno de caprichos.

A nuestra antigua directora, Mme. Honoria, no la escribo: la he tomado horror desde que sé que ella es la que arregló casi el matrimonio de tu hermana con Camilo.

¿Camilo! ¿Por qué no se parece César á Camilo?

Pasad, sueños vanos, que llenáis casi siempre mi cabeza. Camilo es de otra; pero ¡ah! ¡Si estuviera yo libre y hallase otro que se le asemejara!

Creo que pronto saldremos de París. César empieza á cansarse, y yo lo estoy hace tiempo.

¿Adónde iremos? Tal vez á Italia ó á Suiza; dondequiera que sea, lo sabrás, para que me dediques de vez en cuando un pensamiento.

¿Verdad que ya no estás enojada conmigo? Más bien debes estar me agradecida, porque libré á tu hermana de un esposo como César.

Escríbeme y recibe un abrazo de tu apasionada

VALENTINA.

III

La Condesa de Peñafiel á la señora de Valdés.

Madrid, Noviembre de 18...

Mucho deseaba escribirte, hermana mía; pero no te puedes figurar lo ocupada que he estado en disponer mi casa, y, sobre todo, en ayudar á nuestra madre en el arreglo de la suya. Hoy que puedo dedicarte algunos instantes, tomo la pluma para hablar un rato contigo y para decirte que soy, al menos por ahora, completamente dichosa.

Me parece revivir bajo la influencia del amor de Camilo, ó mejor dicho, me siento regenerada; observo que mi entendimiento se hallaba antes envuelto en negras sombras, y que ahora penetran en él raudales de luz.

Antes había en mí algo de desapacible y de hostil; hoy todo es bello, suave, hermoso: antes sufría casi constantemente; ahora siento deslizarse mi pensamiento como el manso y azulado arroyo que corre sobre su cauce de arena entre los árboles.

Por tanto, Mélida, creo que ahora me asemejo más á ti, y que soy más digna de tu amor.

No puedes figurarte nada que se parezca á Ca-

milo; nada más grande que el alma de este hombre, que es al mismo tiempo tierna y sencilla: ni una reconvención, ni siquiera una amonestación me ha dirigido; pero el ejemplo de sus maneras, llenas de distinción, de su dulce y escogido lenguaje y de sus nobles acciones, ejercen en mí una influencia irresistible.

Una mirada suya me hace ruborizar.

Otra mirada suya me alienta y me enorgullece.

Hasta ahora apenas hemos salido de casa: él dedica algunas horas del día á la pintura, en la que sobresale y á la que es en extremo apasionado, y las primeras de la noche á leer; si me recuesto en una butaca, me dice:

—Querida Clara, ¿por qué no bordas ó tocas el piano? La ociosidad llama al sueño, pero es un sueño malo é intranquilo; la ocupación constante es la mejor amiga de la mujer.

Yo me levanto, y me siento al piano para tocar las sonatas que más le agradan.

Sin embargo, me aflige una pena, Mélida: mi marido tiene poca confianza en mí. Muchas veces viene á casa nuestra antigua directora, madame Honoria, y se pasan los dos largas horas hablando; cuando él sale á la calle, es también para ir á visitarla.

¿Qué tendrán que decirse? Esta es la pregunta que hago yo cada vez que esto sucede.

Contribuye también á ponerme en cuidado el observar lo bella que está aún nuestra amiga.

Sobre su frente blanca y pálida, se destacan dos gruesas trenzas de cabellos negros; sus ojos pardos están llenos aún de ternura y de expresión; en su boca vaga constantemente la sonrisa; además, su estatura es esbelta como una palma, y su talle elegante y gracioso: te confieso, hermana, que no me gusta semejante intimidad.

¡Ay, Mélida! ¿Por qué te has casado tan lejos de mí? ¿Qué dichosa hubiera yo sido teniéndote á mi lado! ¿No deseo otra amiga que tú! ¿Qué hay en ti, que así subyugas, que así esclavizas los corazones para siempre? ¿Qué milagro es éste que obran tu dulzura, tu talento, tu bondad? Si yo fuera como tú, me amaría más, sin duda, Camilo; así, no soy digna de él: lo conozco y lo lloro mucho más de lo que tú puedes imaginar.

Mamá está ya en su casa: por las noches, si hace frío ó llueve, Camilo y yo vamos á hacerla compañía; si el tiempo no está muy desapacible, viene ella á nuestra casa.

—¡Oh, si estuviera aquí Mélida!...—exclama muchas veces.

—¡Si estuviera aquí Mélida!...—repite Honoria, que también pasa la velada con nosotros.

Pero el que habla de ti con más calor que nadie, es Camilo: no te puedes figurar las preguntas que me hace acerca de ti, de tu edad, de tu carácter, de las circunstancias que han precedido á tu casamiento.

Hace dos noches estábamos solos, y yo hablé

de ti con motivo de una sonata que dije tocabas tú á la perfección.

—Esto no me admira—repuso Camilo.—¿Qué no ha de hacer ella bien? ¡Es una criatura superior, y á la que, con verla sólo una vez, ya no se puede olvidar jamás!

¡Ay, hermana mía! Dichosa tú que despiertas tan profundas simpatías, y dichosa yo si pudieras vivir á mi lado para ayudarme con tus consejos y con tus observaciones.

Ya vamos á empezar á salir y á asistir á algunas diversiones. Nuestra casa, si bien no muy grande, es un modelo de elegancia y buen gusto: la antesala está decorada con algunas banquetas; el recibimiento con muebles fuertes y modestos; el salón está todo vestido de damasco verde, y la sillería es igual, engastada en caoba; mi cuarto está adornado con tela de seda rosa y muselina del mismo color; el dormitorio es blanco y azul; el cuarto de Camilo está dispuesto con una sobriedad del mejor gusto: muebles cómodos, algunos cuadros de caza y guerra, y una soberbia colección de armas y de pipas, le dan un aspecto sencillo y elegante al mismo tiempo; el comedor tiene muebles de encina tallada, dos chineros y sillería de encina con asiento de cuero rojo.

Tal es mi casa: dime cuándo vendrás á embellecerla con tu presencia; y no me des excusas, porque esa gente debe tenerse por muy satisfecha y feliz con que te muestres afable con ella, y es

muy justo que te deje absolutamente dueña de tu albedrío.

Saca de tu casamiento la única ventaja que le puedes hallar: la de tener en tu marido, en vez de un dueño, un esclavo, y acostúmbrale á que en todo y por todo respete tu voluntad.

CLARA.

IV

El Conde de Peñafiel al Duque de Richeville.

Madrid, Noviembre de 18...

Sí, me he casado. ¿Qué hay de extraño en esto? Ya voy á cumplir veintinueve años; ya las ilusiones huyen delante de mí como una bandada de asustadas palomas. ¿Quién las hace huir? La razón; la fría, la inexorable razón.

¡He vivido tanto, Octavio! Ya mi corazón anhelaba el reposo y suspiraba por la calma y la paz de la familia... ¡Cuántas espinas y cuán pocas flores he hallado en mi camino! ¡Cuántos desencantos! ¡No ha habido una clara y pura fuente adonde haya querido apagar mi sed, que no se haya enturbiado al querer acercar á ella mis labios!

Pero ¿por qué me quejo de la suerte común? ¿Es acaso sólo mía esta angustia que oprime á la

humanidad? Dondequiera oigo gemidos y reproches: las mujeres hacen su arma del llanto; los hombres acusan á la suerte, é interpretan con rústica ceguedad los altos juicios del Padre de todos. Esto lo sé sin que me lo digas, Octavio: el mal está en nuestra pobre naturaleza, demasiado vana y caprichosa para aceptar la sobriedad y la paciencia.

Octavio, heme sentado á la orilla del camino, desalentado y triste; enfrente de mí se esconde el sol de la juventud, detrás de la terrible montaña del desaliento; á mis pies, el mugidor torrente de mis pasiones se ha convertido en seco arenal... La noche viene oscura, sin estrellas, y ya no habrá nueva aurora para mí hasta que llegue la de una vida mejor, en la cual creo y espero con la sencilla fe de mi lejana infancia.

Sin embargo, Octavio, aunque distante y como un rayo de blanca luna, diviso una mujer... ¿Quieres que te la describa? ¡Así daré salida á este afán de mi alma que me consume y me devora... que me quita el sueño y el sosiego!...

A ti no te parecería hermosa ni á mí tampoco en otro tiempo: hoy creo que, desde que nació, la he buscado sobre la tierra y no he podido hallarla hasta ahora.

Es de estatura que apenas llega á mediana, de formas endebles y casi infantiles; bajo una frente más pura que las hojas de una nevada camelia, se abren sus ojos azules llenos de tristeza, gran-

des, rasgados, y que á cada instante se humedecen de lágrimas, porque siente con las penas de todos; largos y rizados cabellos guarnecen su rostro dulce y benigno, como lo tendrá el ángel más amado del Señor; su pequeña boca rosada ríe pocas veces, pero sonríe muchas; su nariz es delgada, fina y llena de nobleza; hay en su mirada esa luz que se asemeja á la de las estrellas y que parece venir de mundos desconocidos; el talento se asoma, como cansado de la opresión en que su candidez le tiene, á su mirada, á sus blancas sienes algo hundidas; vibra en su voz y brota de su suave y apacible rostro, de sus posturas y de cada uno de sus movimientos.

¡Basta! ¿Cómo describirte lo que es indescribible? ¡Ni tú mismo, con tu gran talento, podrías pintar á esta criatura maravillosa, á la que sólo he tenido ante mis ojos algunas horas, pero á la que ya tenía hace largo tiempo en el fondo de mi alma!

Esta niña es de mi familia: hermana de mi mujer y casada el mismo día que yo con un muchacho de una aldea.

¿Por qué la dejé enlazarse con el *sí* terrible? ¿Por qué di yo el que me enlazaba á su hermana, si nos casamos al mismo tiempo? Sin duda porque así lo quiso el que todo lo puede.

Miedo y vergüenza me causa, Octavio, el pensar lo que dirás de mí... ¡Yo enamorado! ¡A mi edad! ¡Con lo mucho que he visto y he sentido!

¡No; no es posible! Estas fiebres de la imaginación atacan con frenesí; pero pasan luego... ¡Feliz aquel que jamás las ha sentido... y triste del que está sujeto á ellas! Mas en tanto que pasa, heme aquí llevando clavado en el corazón un dardo emponzoñado. ¿Sentiré yo ahora el primer amor? ¡No! ¡Eso sería horrible!

Me preguntas por mi mujer... Imagínate una beldad griega bajo el gracioso traje que la civilización engalana cada día para la mujer. Clara es hermosa, y lo que es aún mejor, es buena; el amor la ha transformado, y yo empiezo á darle esa educación que ella no ha querido admitir de nadie, y que aceptará de su marido; la indulgencia, la bondad, lo poesía del lenguaje, son cosas que procuro enseñarle con el ejemplo, y ella aprende sin esfuerzo: es de un natural excelente. ¡Ah, mi pobre Clara! ¡No sepas jamás cuán grande es la herida de mi corazón, y vive dichosa bajo la custodia de un hombre que, si es infeliz, jamás podrá ser vil ni ingrato á tu ciego cariño!

Pero todo parece que se conjura para aumentar mi mal. Lo que yo enseñé á Clara, su hermana lo sabe ya, ó mejor dicho, nació con la ciencia de la virtud. ¿En qué consiste que la admirable belleza de mi mujer no me dice nada al alma, y la melancólica fisonomía de Mélida me revela mundos desconocidos? ¿Y ella amaba á ese joven labriego?... ¿Y ella ha podido desear esa monstruosa unión? Pero cómo, ¡si aún no han alumbrado su

frente más que diez y seis primaveras! ¿Qué sabía ella lo que quería, lo que pensaba? ¡Y ya nunca saldrá de allí: allí vivirá, reducida á cuidar á esos dos rústicos á quienes su marido llama padres! ¡Vivir! ¡Allí morirá, y yo sé de qué... de languidez, como la flor que carece de brisas y de sol!

¡Feliz ella, que nada conoce de la vida y acepta su destino con la sonrisa en los labios y la oración en el alma! ¡No seré yo el que descorra el blanco cendal de sus ojos ni la enseñe ninguna de las tristezas de la existencia!

Algunas veces me parece como si Mélida fuese una hija mía, y creo que la conozco desde que tenía pocos meses... ¡Qué sueños tan necios, Octavio!... ¿Me los podrás tú perdonar?

Desde que este extraño delirio se ha apoderado de mí, padezco mucho: la palabra *imposible*, que yo había borrado de mi diccionario, aparece á mis ojos terrible y desconsoladora; mi sueño es agitado, y tengo que valerme de todo el poder de mi voluntad para que mi mujer no se aperciba del desorden de mi espíritu.

Yo estoy aquí como el pobre peregrino que ha gastado en un largo viaje todas sus fuerzas, y que al llegar al suelo natal cae desfallecido... ¡Pasad, últimos sueños de mi expirante juventud! ¡Mélida será como todas... como es Clara: una mujer llena de debilidades, de vanidad... y de preocupaciones!

¿Dónde iré para no oír el coro de sus alaban-

zas? Su memoria vive aquí en todas las almas: daría la mitad de mi vida por olvidarla, y su nombre resuena sin cesar en mis oídos, como el tañido de una campana de agonía.

He aquí, amigo mío, al hombre fuerte, y que casi has llegado á creer un semidiós. Al volver atrás la vista, sólo hallo tu amistad... nada más. César era un niño ingrato, que me dió el mismo pago que tantos otros; no ha hecho ni más ni menos que los demás: ¡Herir la mano que tantas veces le he tendido!...

Pero ¿y el porvenir?... ¡Dejémosle á Dios! A no ser por Él, supremo consolador de todas las amarguras; á no ser porque espero en su bondad infinita, en su inagotable misericordia, no sé ni quiero pensar en lo que sería de mí... yo puedo decir, á imitación de su divino Hijo: «¡Mi alma está triste hasta la muerte!»

CAMILO.

V

Mélida á Valentina.

Urrea, Noviembre de 18...

Tu carta, amiga mía, me ha causado una verdadera alegría.

Todo mi enojo contra ti se ha deshecho, como la bruma que cubre este valle en las primeras horas de la mañana, al penetrar en ella los rayos del sol.

Yo también te amo, Valentina. Mi buena madre dice que las dulces amistades de la infancia son las más durables, y tiene razón.

Muchas veces veo tu bella y risueña imagen en el fondo de mi pensamiento, y deseo poderte estrechar entre mis brazos.

¡Qué hermosa estarás ahora con tus galas de novia, con tus brillantes y con tu aureola de Marquesa! A tu edad, siendo casi una niña y teniendo todas las ventajas, ¿cómo no has de brillar en ese espléndido gran mundo?

Yo, Valentina, me complazco en creerte admirada y amada por todos; dichosa, en una palabra.

Hubiera pensado en ti con alguna amargura si mi hermana hubiera sido desgraciada por causa

tuya; si al casarte tú con el Marqués de Montemar, ella hubiera, al menos por el pronto, quedado sin esposo. ¡Pero ella es también feliz! Dios, toda bondad y sabiduría, ha dado á cada una de nosotras tres el esposo que le conviene.

Sin embargo, Valentina, conozco por tu carta que, siguiendo tu triste costumbre, te quejas de tu suerte.

¿Por qué, amiga mía, por qué lo ves todo por el lado negro y no por el rosado? La felicidad reside en nosotros mismos, y el que se halla mal en todas partes es difícil que persuada á los demás de que la culpa es sólo de su suerte.

Dios ha dado al cielo sol y nubes, y la vida tiene igualmente sus nublados. ¿Por qué le hemos de pedir perpetua serenidad? Mejor dicho, ¿por qué has de ser tú de los pobres ilusos que se juzgan con derecho á una felicidad inalterable? Si aquí se hallase la dicha perfecta, ¿se llamaría esto *valle de lágrimas*? Nuestra patria no es el mundo, sino el cielo, al que aspira el alma en su constante afán.

Pero no quiero que digas que te arguyo con argumentos muy sabidos, y únicamente te diré una cosa: que tienes todo lo que se necesita para ser feliz.

No arrojes, pues, los elementos de dicha que te rodean; luego no los podrías recuperar. Yo nada he visto del mundo, Valentina, y sólo sé lo que me dictan la razón y el cariño que te profeso: sólo

esto te digo. Pero guiada por el instinto de mi corazón, te ruego que no sigas por la senda que has emprendido; retrocede, ya que te hallas al principio de ella.

¡Recurrir á dormir para matar el tiempo! ¡A tu edad! ¡Casi me espanto al leerlo! ¡Dios mío! ¡Y le habéis dado talento para el dibujo y la música, inteligencia para la lectura, buen gusto para todo! Valentina, ¿por qué ofendes á Dios, y abrevias tu vida de ese modo? ¿Crees que se opone al buen tono el estar ocupada? ¿Crees que para ser mujer de moda hay que volverse estúpida? ¡Qué error! ¡Qué lamentable error! Tú conoces á mi madre, ¿verdad? ¿Dónde hay una mujer más bella, más elegante, más seductora? Aún es joven; pero además de eso, las gracias y la dulzura de la primavera de la vida parecen haberse aposentado en ella; y, sin embargo, ¿no sabes que reza, borda, cose, cuida de su casa, arregla por sí misma sus flores y sus joyas, corta sus trajes y dirige á su doncella para que los haga? ¿No sabes que ha sido la enfermera inteligente é incansable de mi padre y de mi abuelo? ¿No sabes que peina por sí misma sus cabellos, y que dice cándidamente que ella tiene mejor gusto que las doncellas y peinadoras? ¿Y esto se opone á que sea adorable y adorada? ¿Se opone á que se la admire? Valentina, el mal no está en hacer las cosas, sino en no saberlas hacer: hazlo con perfección, con inteligencia, con talento, y haz todo lo que quieras ó necesites ha-

cer, ya sea asear tu casa, ya confeccionar un prendido, dibujar una flor ó escribir un libro, arreglar por ti misma los cofres de tu ropa blanca, ó asistir, en un magnífico palco de la Opera, á una primera representación.

Y para esto, ¿qué se necesita? Un poco de valor, mediana inteligencia, y tener en el alma el instinto de lo bello. Sólo de la primera de estas cosas necesitas; las otras dos las posees.

No hagamos caso de ciertos homenajes; haz con ellos como yo con las dalias: en toda mi vida he cortado una para adornarme, porque son para mí la personificación de la fatuidad.

La mujer casada sólo debe ya vivir para su marido; no le es permitido tener amigos más que hasta cierto punto: huye de que ningún hombre, como no ostente sobre sus sienes la venerable corona de la ancianidad, frecuente tu casa á las horas en que no esté en ella el Marqués. La intimidad no puede existir con toda su pureza entre una joven bella y casada y un hombre también joven y agradable. Lo que debe hacer ante todo la mujer honrada, es no ostentar la fortaleza de resistir, sino evitar las ocasiones en que sea necesaria la resistencia.

¡Que César te aburre! ¿Y por qué? ¿Porque está enamorado de ti *hasta la ceguera*, como tú misma dices? ¿Y eso te ofende? ¿Y eso te cansa? ¡Ah, Valentina! ¡Consérvale siempre esa *ceguera*, y paga con el tuyo ese amor! ¡No desees que se aleje

de tu lado! ¿Qué mejor compañía puedes apetecer? No te aburras de sus defectos, si los tiene, sino corrígeselos; pero de modo que él no lo conozca: con dulzura, con talento, y, sobre todo, con el ejemplo de las cualidades que á él le falten.

Piensa que el matrimonio es una hacienda común, á la que la esposa ha de añadir todo lo que falte al esposo: si él es irascible, ten tú paciencia por los dos; si es superficial, hazle sentir la dulce gravedad de tu conducta; si es imprudente, medita para subsanar sus ligerezas; aprende, para recrearle, la música que á él le guste; hazle su casa agradable por el aseo, por la comodidad, hasta por la suntuosidad, si á ella es aficionado. ¿En qué has de gastar mejor el dinero que en agradarle? El primer deber de la esposa es el de complacer á su marido.

Valentina: me asusta por ti el porvenir, si ambos seguís siendo lo que ahora sois. ¡Dos niños que se aburren! Además, hay otra cosa en tu carta que verdaderamente me llena de terror.—Yo me he casado con César—me dices—sin amor: la vanidad fué la que me llevó por la mano hasta el altar.—En eso has sido culpable, Valentina: nadie debe ir al altar sin un amor profundo y acendrado. Dios no admite los juramentos que no salen del corazón: yo me figuraba eso mismo, y te lo dije... pero nunca esperé de tu orgullo... de tu dignidad que me lo confesaras.

Si no amas á tu marido, procura amarle, y no

de un modo tibio, sino con todo tu corazón. Esa es la base de la felicidad de la mujer; ese es el mayor bien á que se puede aspirar; procura amarle, sea como quiera y con todos sus defectos, porque tras el vacío del corazón llegan en tropel los sueños culpables y las terribles realidades que le llenan de hiel y de lágrimas.

¿Por qué nombras á Camilo y piensas en él? ¿Por qué envidias siempre á mi hermana? ¿Por qué piensas tanto en la dicha ajena, y tan poco en la tuya, mi pobre y débil amiga? ¡Ellos son felices, y quiera Dios que siempre lo sean! Espero que su dicha no será interrumpida, pues Clara tiene talento y fortaleza bastante para ser una mujer modelo en virtudes, así como lo es en hermosura.

He dejado de propósito el hablarte de mí para lo último. No soy desgraciada, como crees, sino muy feliz: mi marido me ama, y yo á él en extremo; su hermoso rostro va adquiriendo cada día una expresión más noble y más interesante; su bella y esbelta figura es ya elegante, y llegará á ser verdaderamente distinguida; sin embargo, ya no se habla de que vayamos á vivir á la ciudad para que él acabe su carrera de leyes. Santiago se casa con tu hermana, y padre desea que Bautista quede en casa al cuidado de la hacienda para descansar él. Bautista me ha consultado, y yo le he dicho que le complazca en esto.

Su madre es la que sigue algo adusta conmigo.

Decirte otra cosa, sería mentir; no obstante, ya me dijo hace dos días que hacía las natillas muy bien, y quería que la bordase un mantelillo para el altar de la parroquia, que está á su cargo, y que se halla coronado por una bella imagen de la Virgen de los Dolores: esto ya es algo. Al que se le pide, se le ama; el mantelillo está empezado ya á bordar, y agotaré en él todos mis primores.

La señora Mariscala está ya buena; sin embargo, ha quedado débil y triste; habla de César llorando.

Valentina: no dejes que se olvide de su madre, y en vez de ir á Suiza ó á Italia, venid á su lado. No tienes que encerrarte aquí, porque va á marchar á Madrid, y allí podéis ir.

Adiós, Valentina mía; reflexiona, y no olvides que la dicha, si una vez la despedimos, no vuelve jamás.

MÉLIDA.

VI

Honorina á Mélida.*Madrid, Diciembre de 18...*

He tardado algún tiempo en escribir á usted, mi querida niña, porque deseaba darle en mi primera carta una buena noticia: ésta es que voy á su lado algunos días; sí, no puedo resistir al deseo de verla y abrazarla; al deseo de consolarla si sufre.

Dejo al frente de mis niñas á mi primera pasanta, joven laboriosa y buena, y además á Petrita, que ahora es la segunda, y que se hace adorar, á pesar de ser tan fea, como usted sabe, por su carácter angelical.

¿Se acuerda usted de Petra? Estoy segura de que sí: su buen corazón no olvida nada, y menos á los desgraciados. Petra, á la que sacamos del seno de la más espantosa miseria, es hoy feliz: la doy un sueldo modesto, y sigue habitando con su madre la buhardilla; tiene una criadita que cuida de la anciana y arregla la comida para las dos, pues Petra, á pesar de mis instancias para que coma conmigo, me ha respondido siempre:

—Es imposible, señora, que yo deje á mi ma-

dre comer sola; además, ¡igualarme con mi bienhechora!... ¡Eso jamás!

Pero volvamos á usted, mi querida Mélida. En breve estaré á su lado, y creo que sus penas se aliviarán; voy prevenida contra esa anciana dura y cruel para usted, que es un ángel de bondad y de resignación; contra esa mujer que debía besar donde usted pone la planta, y que tiene la osadía de tratarla mal, siéndole usted tan superior en todo.

Creo que de mi boca oirá verdades amargas, que la enseñen á dejar esa grosera dureza por los buenos modales que usted tiene derecho á exigirle.

Algunas veces me digo que es el vivir una cosa muy triste: por todas partes sollozos y quejas; usted sufre: aunque lo disimula todo lo posible, se escapa de su pecho el grito de una angustia superior á sus fuerzas.

¡Y aquí!... A pesar de que voy á verla muy pronto, no puedo callarle ahora lo que me aflige.

¡Clara sufre! ¡Clara es desgraciada! ¡Y es á mí á quien culpa de su desgracia!

¡Sí, Mélida! El cariño fraternal de Camilo y sus tiernas deferencias hacia mí, la causan celos. El deseo de curarla de ellos, ha influido no poco en la determinación que he tomado de salir de Madrid por algún tiempo y de irme al lado de usted.

Mélida, por doquiera que voy busco un alma como la de usted, y no la hallo... La misma Cla-

ra, tan noble, tan altiva, sucumbe al mezquino cuidado de unos infundados celos que jamás hubiera usted abrigado. Pero ¡ah! es que la celeste serenidad del ánimo de usted no se halla en este mundo. ¡Es que la sublimidad de su inocencia, su noble modo de ver las cosas y de sentir, la apartan de esos dolores sin causa que nadie compadece, porque el sentirlos es confesar que se merecen!

Clara, con la pena que siente y que no trata de disimular, me separa de mi amigo, y me arrebató mi solo afecto y mi solo apoyo en el mundo.

¡Y bien, Mérida!; ya que he llegado al terreno de las confesiones, ¿por qué he de retroceder? Si Camilo ha buscado alguna vez el modo de hablarme con expansión; si me ha llevado á un asiento lejos de los que los demás ocupaban, ha sido para confiarme que tampoco es feliz. Ha sido para decirme que sufre, que sufre mucho.

No me ha dicho, sin embargo, la causa de su pena: asegura que él tampoco la sabe; pero que la angustia de corazón que siente es para él una cosa terrible, insoportable.

¿Amaría á otra mujer que no fuese Clara? Cuando le he hecho esta pregunta, casi temblando, porque conozco su carácter rígido y grave, ha eludido la respuesta y ha variado de conversación.

No obstante, la tristeza le consume: ya se asoma voraz y aterradora á sus grandes ojos, y á la triste sonrisa que abre sus labios; ya su tez se tiñe con el amarillo de la hipocondría: ¿qué tendrá?

¡Esto es un misterio que no me es dado descifrar!

Camilo no es ya el que era: el hombre del gran mundo; el hombre grave, altivo, apacible por el conocimiento de su propia grandeza, se convierte rápidamente en un ser débil, triste é irresoluto. Sin embargo, él ha activado todos los preparativos para abrir su salón á algunos amigos escogidos; recibe una sola vez á la semana, en las noches de los lunes. Yo no asisto á sus recepciones: al fin no soy más que la directora de una casa de educación, y no es aquel mi sitio.

En la noche del último me hallaba sola en mi cuarto y leyendo: fatigada del trabajo de todo el día, pensaba acostarme temprano, cuando llamaron, y algunos instantes después vi entrar á Camilo.

—Buenas noches—me dijo sin mirarme y dejándose caer en un sillón.

—¡Dios mío! ¿Qué tienes? ¿qué te pasa?—exclamé.—¡Qué pálido estás!

—No sé lo que tengo—me respondió:—hoy estoy agobiado por una pena sorda y profunda. ¡He huído de mi casa, porque me era insoportable la vista de tanta gente!

Me levanté, y fui á sentarme á su lado.

—Hermano—le dije tomándole la mano,—deja ya conmigo la reserva, y dime lo que tienes... lo que te pasa... Así podré consolarte.

Camilo reclinó la cabeza en el respaldo de un

sillón, y me pareció que de sus labios salió un sollozo.

—No me preguntes—me respondió:—nada puedo decirte, sino que soy muy desgraciado.

—¿Pero no puedo yo aliviarte?—le pregunté.

—¡No!—me contestó:—¡sólo Dios... y me olvida!

—Dios no olvida á nadie, amigo mío; pero dime, ¿estás descontento de Clara?

—¡Ah, no! Clara es un ángel—exclamó con una expresión de verdad que no podía dejar lugar á la menor duda.

—¿Te ama?

—Con pasión; con una pasión tan grande, que la empequeñece, porque tiene celos de ti.

—Ya lo sé—le respondí,—y tuya es la culpa. ¿Por qué estás triste y silencioso, como disgustado de todos y de ti mismo? Camilo, no quiero que Clara padezca por mí ni perder su cariño, y para desengañarla voy á salir de Madrid.

—¡Te vas! ¿Y adónde?—exclamó él alzando la cabeza.

—A un pueblecito de Aragón, á Urrea: allí está Mérida, y pasaré algunos días á su lado.

Camilo no contestó: se levantó, dió algunos paseos por la estancia, y á la luz del quinqué vi lágrimas en sus ojos y que estaba muy pálido.

—Adiós—me dijo pasados algunos instantes;—me vuelvo á mi casa. He hecho mal en dejar á Clara sola, y únicamente me disculpa que está

allí su madre; pero ya debo volver... Adiós, Honoria.

Dicho esto, desapareció.

A la mañana siguiente vino Clara: estaba también pálida, y en su semblante se leía una especie de irritada altivez.

—Señora—me dijo así que se hubo sentado,—¿tendrá usted la bondad de decirme si estuvo aquí anoche el Conde?

—Sí por cierto—le respondí:—aquí estuvo.

—¿A qué hora?

—Desde las diez hasta las once.

—¡Es extraño—exclamó Clara con amargura—que deje á sus amigos por venir al lado de usted!

—Es extraño, en efecto—la respondí,—y así se lo dije yo.

—Hubiera usted hecho mejor en no recibirle.

—¿Y qué hubiera dicho de mí, querida mía? ¿No sabe usted que siempre nos hemos tratado como hermanos? Pero, querida Clara, ¿estaría usted enojada conmigo?

—No, señora—me contestó:—¡hay cosas que no merecen enojo, sino desprecio!

Dicho esto, me dejó.

—No hay remedio—me dije:—es preciso partir.

Voy, pues, en busca de usted, mi querida niña; yo estoy segura de que ambas nos hacemos falta mutuamente. ¡Dios mío, será posible que ninguno de los afectos de la tierra ha de ser durable! ¡Cuánto me ofenden las sospechas de Clara! ¡Yo,